



ENREDANDO LA PITA

Beatriz Barros,
Administradora de Empresas y
Trabajadora de Medios.

Las coordinadoras del evento, decidimos invitar a Beatriz a que compartiera con nosotras su experiencia, para aproximarnos desde otra óptica al tejido. En este caso, no se trata de un artículo en el que se estudian las vivencias de "otros", sino por el contrario la propia. En este ensayo la autora, quien es una mujer profesional de clase media, relata los recuerdos de su infancia, cuando hizo contacto con el tejido; mas tarde, "des-enredando la pita" reconstruye el significado que ha tenido para ella esta actividad a partir del aprendizaje que tuvo tanto entre sus parientes guajiros Wayuus, como entre los de origen italiano.

Hoy, tejer o entreverar hilos es algo inútil. El mundo se mueve a ritmos vertiginosos. Los adelantos tecnológicos no permiten que el hombre pierda tiempo en cosas "vanales". Las máquinas tejen y enredan miles de hilos por segundo, entregando piezas de moda y con calidad certificada.

La mujer moderna ve y siente el tejido como uno de los castigos que tuvieron que sufrir nuestras madres y abuelas.

Para mí, tejer no es un castigo ni tampoco la tarea que hizo mi mamá para que obtuviera una buena nota en obras manuales.

Para mí, el tejido es amor, es comunicación. Penélope tejía y deseaba esperando a su amado. Tejer, cuando la soledad es una compañía en la intimidad, es una manera para so-



Indígena Wayuu con pintura facial.

ñar el amor, para recordar hakeres de otros, para recuperar la cultura, para aproximarnos y entender a los "otros", para enredar entre los dedos la sabiduría de años.

El placer de tejer es una de las terquedades que me permiten dialogar con mi pasado.

Un continente lejano que me llega a través de dos agujas

Cuando tenía seis años, el premio por haber sacado buenas calificaciones o haber izado la bandera, era pasar el fin de semana con mi abuela materna, una italiana gorda, pequeña, con fama de rígida y regañona, con quien tenía una muy estrecha relación.

Definitivamente para las nietas, ir donde la abuela era una verdadera vacación, que los adultos aprovechaban para purgarnos y sacar los bichos que habíamos cogido en el colegio.

Fue en esas vacaciones, cortas y largas, cuando empecé a sentir que el tejido era una manera de conversar con mi abuela. Me contaba cosas tan distintas a las que yo había vivido... Me descubrió la primavera, el otoño, el heno, las faldas largas, la cardada de la lana de las ovejas y la confección de las ropa que se usaban. Pero sobre todo, me enseñó que con el invierno llega la nieve y la gente se arropa en los tejidos.

Estoy convencida que fue eso lo que motivó mi deseo para que la abuela Ana, me enseñara a tejer. Y empecé con dos agujas! Pero tejer tenía su momento especial, que co-indicía con la hora en que se iniciaban las radionovelas. El tejido -entre punto, cadena, punto- entreveraba los amores de mi abuela con los héroes de las radionovelas que se escapaban de un aparato grande, café, arropado con una carpeta tejida en crochet y que sólo se prendía a determinadas horas.

Cada mitón, saquito o escarpín, era un trofeo para ella, pues sentía que su saber se perpetuaba en la nieta. Para ella era tan importante un "5" en aritmética, como un mitón bien tejido. Reconozco que me sentía orgullosa de hacer mis labores y así ser la nieta preferida de la abuela.

En una actividad supuestamente tan banal como enredar hilos, me estaba transmitiendo toda una condición de vida, como era el hecho de tejer sin errores. Era aprender a sentir satisfacción por hacer las cosas bien y también saber ser paciente cuando tocaba rehacer la labor.

El tejido me sirvió para establecer otra relación con mis compañeros de colegio. Cuando mis muñecas llevaban las ropas tejidas por mí, ellas las admiraban y querían también un vestido vistoso para sus muñecas. Tejí entonces con placer mitones, zapatos, gorros, sacos, que envueltos en papel celofán vendía, orgullosa, por 50 centavos.

Llegó la adolescencia, los amigos, las modas y los enamorados. El tejido pasó de ser una habilidad manual y se convirtió en el mejor camino para ser una buena ama de casa y una esposa ejemplar, pues ¡Sabía tejer!, según mi abuela Ana.

Desiertos, encierros, chinchorros, mochilas...

"Aprender a trabajar, aprender a ser mujer": esas fueron las palabras que me hicieron comprender el significado del tejido en otra manera de vivir, en otra cultura, que también hace parte de mí, por ser guajira. Ina, mi tía wayuu, me explicaba que durante el encierro ritual de las *mujuyuras* o adolescentes, aprendían a tejer, a cuidar a sus hermanos y se preparaban para el matrimonio.

Eso lo habían vivido mis primas en su encierro y yo llegué a compartirlo con ellas durante mis vacaciones en la Ranchería "La Paz", en la Guajira. Fueron ellas, en un cuarto

con poca luz y la puerta cerrada (para que ningún hombre las vieran), las que me enseñaron a entretejer hilos de colores, templados en el telar. Así transcurrían las tardes en el sopor guajiro, todas sentadas alrededor del telar, entrelazando historias de amores y desdichas, con los interminables hilos.

Mis visitas a esas tierras áridas se hicieron más frecuentes. Ya con hijos y sin encierros, mis primas, los

**EN UNA ACTIVIDAD
SUPUESTAMENTE TAN
BANAL COMO ENREDAR
HILOS, ME ESTABA
TRANSMITIENDO TODA
UNA CONDUCTA DE VIDA,
COMO ERA EL HECHO DE
TEJER SIN ERRORES.**



Indígena Wayuu tejiendo mochila.

telares y los chinchorros, dejaron los cuartos oscuros por las "enramadas" que, además de la cocina, eran el lugar de reencuentro.

Si miro hacia atrás, me percato de que mi torpeza en la tejida del chinchorro no ha impedido que, como cuando niña al lado de la Abuela Ana, el enredo de los hilos sea una disculpa para conversar. También hoy igual que ayer, la radio sigue siendo en la Ranchería el acompañante fiel. Todavía, se conversa mientras se oyen las descoloridas noticias de nacimientos, agazajos, llegadas o muertes, combinadas con los vallenatos de moda.

También, como antes, junto a los wayuu, tejo y destajo, porque destajar es un placer que se puede de hacer recostada en un chinchorro. Como a veces se enreda la vida, desbaratando la urdimbre, se enredan los hilos y se enredan los recuerdos del dueño del tejido.

El "chinchorro de fresquiar", hecho con el hilo usado y retorcido, colgado debajo de la ramada, espera la caída del sol y el final del día para cargarse de los sueños e ilusiones que trae consigo el peso de su dueño.

El tejido en la guajira es otra forma de iniciar el camino hacia la muerte. La mortaja se empieza en el encierro. También hoy el tejido construye el sitio donde se duerme, donde se paren los hijos y donde se va a morir. El tejido es vida, el tejido no es un castigo.

•